

Yo recuerdo... Sí, extraña, entrañable música aquella. Las cosas se nos mostraban por vez primera plenamente, gozosamente en cueros. Los momentos se nos abrían sin su secreto— ¿o es que se oía todo su secreto?

*Cabía yo en el mundo y en tu mano
como un dormido pájaro y tenía
un racimo redondo de alegría,
para ti y para mí, como un hermano.*

INTERMEDIO

La atardecida se hacía húmeda y escurridiza. No sé qué viento intentaba, contradictorio, darle precisiones. Hacia el balcón, por la calle, los transeúntes, levantaban su entrañable escultura. Tranvías nuevos resbalaban en silencio. Frontero, el «Cine Narváez», ponía un gran panal de luz rosa, húmeda también. Yo era una difícil sensación de manos y de sombra. A mi espalda el amplio ventanal derramaba su luz interior, gris de humo. Alguien gritaba dentro de su ingenuidad surrealista. Entonces, debí ver a Carlos. Le hablaba un corazón de amigo de siempre:

—Fernando: tú no ves a tus semejantes. Tú tienes que leer los periódicos. Aprende los nombres de las calles. ¡Hazte un gran egoísta!

Luego, entramos. Se me hacía problemático el gesto. Inventé una expresión descuidada y se me acartonaba. Decidí hablar. ¡Nada! Después, sonreía molesto. Por fin, una idea limpia:

—Carlos, ¡muérete!

Y el buen Carlos, se levantó, puso sus ojos de un metal impreciso y luego cayó recto. Yo aplaudía.

Pasaba mucho tiempo. Aquello estaba huérfano de poesía. Yo, desde el principio, había vaticinado el punto muerto. Ya iba perdiendo mis dimensiones y el cuarto abandonaba sus simetrías. Se encogía con la tristeza oscura del cansancio. Frente a mí, una muchacha, más pequeña aun, salvaba sus ojos de un cristal bueno.

Llegó la despedida. Ya en la calle, Carlos tenía la inclinación de una amistad emocionada. Hablaba como si no tuviera barba de profeta. Estaba casi como yo, sin nada en el trasfondo:

—Fernando: este árbol, aquella mujer, esa casa, no tienen poesía; la poesía está en nosotros, los poetas...

Me volví y miré hacia atrás. El cielo a nuestra espalda, sobre los edificios altos, era de un gris suave y nocturno; nubes de guata blanda se esfumaban más todavía, sin volúmenes precisos. Sobre nosotros, suspendidas, gravitaban estrellas en redondo.

Entonces, debí hablar:

—La poesía es...

«ORO DE METEORO»

Carlos ha traducido ahora a Mallarmé. Las páginas de «Acanto» transmitieron, hace poco este nuevo triunfo del lejano maestro.

A Carlos, en efecto, le atrae el afán del viejo decadente. Se nos ha dicho lleno de «una incommensurable música subterránea». Y confiesa que ha venido,

*a la casa en que están los pensamientos
mintiendo un paraíso dulcemente terreno.*

Como Mallarmé, parece mostrarnos su Universo sin otro fin que el de ser expresado. Como él, afina sus pupilas hacia más finas notas. Pero, frente a Mallarmé, se orienta hacia un mundo imaginativo, alegre, confundido, saltante y pimpante. Un mundo nuevo, liberante y conquistado. Donde lo normal es una posición cómoda y humana, libre ya de la cursilería ochocentista. Así nos explica:

*¡Están mis ambas patas!
¡Ellas son las que comen tierra a gatas!
¡Por ellas cae la miel como en embudo!*

Respetable en esa su posición «seria y hermosa», lujosamente contemplando, con un porte búdico de «perfecta rana». Es así como Carlos crea su mundo, dándonos el sentido nuevo de las cosas, en una poesía abstracta y transcendente, lejos—acaso muy lejos—de la peripeia personal; Carlos asciende y se purifica, el mundo se acomoda y se alegra, entre ángeles y batracios, vivito y coleando, astral y enlodado, sin mentira, fecundo y pleno en su hundimiento. Y allí Carlos con su pata: